

Y vosotros también, celestes bardos,
Cantores de esa Sión, siempre dichosa,
Vibrad en mí vuestros ardientes dardos;
Vosotros que, esa noche deliciosa,
De aquesta gruta entre los muros pardos
Al son de vuestra cítara armoniosa
Trocasteis en Edén la tierra umbría,
Hoy hacedme escuchar vuestra armonía.

Acércase por fin el gran momento
En que el Hijo Unigénito, humanado,
Va á cumplir de su amor el gran portento,
Y olvidando su alcázar estrellado,
A hundirse en el dolor y el sufrimiento
Como hermano del hombre desterrado.
Ya no os envidio, genios celestiales;
¡Vosotros envidia á los mortales!

Hondo silencio reina, interrumpido
Por el sonoro aliento intermitente
De un buey, bajo ese techo guarecido
Del indómito invierno, que inclemente,
Con un sordo mugir, enfurecido
Las rocas flagelaba fuertemente
De aquella gruta destilante, fría,
Y de plateada escarcha la cubría,

La noche más y más negra y oscura
Hacia el zenit avanza silenciosa,
Robando á todo ser forma y figura.
Entretanto, frenética, ardorosa,
Se revuelve y agita la natura;
Y esperando que suene esa dichosa
Hora solemne, en sus dominios todos
Sus ansias manifiesta de mil modos.

Se oyen suspiros, ayes y gemidos,
Espasmos de dolor, llantos, plegarias,
Ruegos que al cielo vuelan encendidos
A través de regiones solitarias
Y volviendo otra vez, sin ser oídos,
Se truecan en endechas funerarias;
Los silentes espacios se fecundan,
Y fantásticas sombras los inundan,

Que sin rumbo, en bandadas revolando
Por el aura serena, adormecida,
Con un febril delirio van llamando
Al Astro amante de verdad y vida,
Por quien muy pronto, nuevo sér cobrando,
Romperán esa larva indefinida,
Esos toscos y débiles embriones,
Y nuevas surgirán generaciones,

Que después esparciendo por doquiera
Nuevos brotes y gérmenes vitales,
Harán tan fértil la terrestre esfera;
Que sus desiertos y ásperos eriales,
Al calor de una eterna primavera,
Trocados en vergeles celestiales,
Darán ópimos frutos peregrinos
Que completen del hombre los destinos.

Allí ciérnese en ronda acompasada,
Entre las crenchas de la noche fría
Esa corusca pléyade laureada
Que, cubierta de rica pedrería,
Y de purpúreas galas ataviada,
Volará rauda al sempiterno día,
Los himnos á cantar de su victoria,
Y del eterno Vencedor la gloria.

También en torno de esos toscos lares,
Trovas cantando, van castas doncellas,
Que más tarde, ceñidas de azahares,
Más radiantes que el sol y las estrellas;
En simétricos coros, á millares,
Del Cordero castísimo las huellas
Seguirán, entonando himno grandioso,
Al celestial inmarcesible Esposo.

Toda, en fin, esa stirpe santa y pura
Que á través de las siglos voladores
Jehová se formará con gran premura,
Allí palpita triste y sin fulgores,
Como un espectro, como larva obscura,
Como cárdena nube sin colores
A la que el sol dentro la mar hundido,
Ya prepara su fúlgido vestido.

Más y más se rebulle el pardo ambiente,
Otro grupo de sombras ha llegado;
La flor de los patriarcas, juntamente
Con el coro profético laureado,
La universal expectación vehemente
Con anhelo y ardor han secundado,
Se oyen voces que llaman y responden,
Y en el silencio nocturnal se esconden.

Se escucha ese rumor, ese lenguaje
Con que de la alta selva en la espesura
Conversar suele el trémulo follaje,
Cuando ya duerme en él la sombra obscura
Que anida en lo más denso del bosqueje.
Como ansiosas espían de la luz pura
El primer rayo las canoras aves,
Y la importunan con sus trinos suaves;

Así este pueblo con afán espera
El despertar del astro refulgente,
De la eterna, magnífica lumbrera
Que vendrá á derrocar la prepotente
Profunda noche que en el mundo impera;
Se oye un concierto flébil y doliente;
Y de la lira al son, áquestas voces
Suben al cielo férvidas, veloces:

“Como la nube en el tostado estío
Rompe su hinchado seno, y en raudales
Envía á la tierra el bienhechor rocío
Que prepara las mieses otoñales:
Así tú, oh cielo, compasivo y pío,
Manda la salvación á los mortales;
Baje del alto cielo el Justo, el Santo,
A enjugar bondadoso nuestro llanto.

“Abrete ¡oh suelo! ya; de tu fecundo
Seno que el germen virginal encierra,
Brote el divino Salvador del mundo,
Que viene á renovar toda la tierra,
Sumergida en letargo tan profundo,
Y á las tinieblas intimar cruel guerra;
Sea, oh Príncipe, por tí la estirpe humana
Restituída á su alcurnia soberana.

“Descienda ese Cordero immaculado
Que extenderá por todo el universo
Su pacífico reino, tan deseado:
Quebrántese todo ánimo perverso,
Y elévese el mortal sobre lo creado.”
Este el último fué supremo esfuerzo
Del hombre en su dolor. Mas ya en su broche
Se encierra toda flor: es media noche.



Fin del Canto Quinto.